

Biblioteca Nacional. Madrid

C 917 v. 16

Alejandro Bermúdez



Cuba y Panamá

CONFERENCIA

Dada el 3 de Mayo de 1914

en el Gran Teatro

Polyteama de la Habana



HABANA:

IMP. "CUBANA" O'REILLY 6

1914



CUBA

—Y—

PANAMÁ

CONFERENCIA

Dada el 3 de Mayo de 1914

En el Gran Teatro Polyteama de la Habana

POR EL

Ingeniero ALEJANDRO BERMUDEZ



HABANA

Imprenta "CUBANA" O'Reilly No. 6, Teléfono A-7805

1914





SEÑORES:

Dos horas después de mi llegada a esta espléndida metrópoli, cuando apenas había tenido tiempo para sacudir de mi traje de viajero el polvo del camino, me encontraba con el ánimo recogido y la cabeza descubierta, en pleno sol, ante ese monumento simbólico y glorioso en que se destaca sugestiva y excelsa la figura de Martí.

Era mi actitud la del fatigado peregrino que llegara al fin al santuario milagroso en que había ofrecido cumplir una promesa; y así como el creyente sincero se arrodilla bajo la cúpula de un templo ante la imagen de su santo favorito, para hacerle la oferta de su alma en la forma de un rezo fervoroso, así, Señores, le dije yo mi salutación y mi plegaria a ese dulce Santo mío, cuya imagen marmórea se levanta esclarecida bajo la cúpula del cielo y cuya serena majestad resplandecerá siempre sin eclipses en el altar de la Historia.

Permitidme explicaros cuál era el motivo de mi actitud reverente en presencia del monumento que el patriotismo nacional de los cubanos ha erigido a uno de sus más preclaros hombres, al héroe y mártir, al apóstol y poeta, al estadista, tribuno y pensador en cuyo verbo se refugió por mucho tiempo el alma de la Patria y en cuya cabeza genial hallaron

caliente nido los ensueños libertarios de que habrían de nacer, pujantes e indomables, las águilas del triunfo.

Era yo muy niño cuando oí sonar por primera vez en mis oídos el nombre de Cuba, con los bellos cognomentos de “Perla de las Antillas” y “Estrella Solitaria”; y esas palabras—Perla y Estrella—de cierto encanto mágico para la imaginación vivaz de un pequeñuelo, me hacían soñar con esta tierra de flores y de palmas, de soldados y poetas, de raras y quejumbrosas armonías y de mujeres adorables, que yo presentía cautivadoras y atrayentes, con sus ojazos moriscos diciendo poemas de amor y de ternura, con sus mejillas tersas y nacaradas como las conchas que alfombran sus playas musicales, con su esbeltez gallarda y rítmica como preparada especialmente para las graciosas ondulaciones de la danza; con su dentadura blanca como hecha de trocitos de azúcar; con sus labios encendidos, como amapolas silvestres, con su mirar de luceros, con su sonreír de sirenas, con su negra cabellera perfumada como una noche de ensueños, y con su pecho vibrante y ardoroso en que pareciera alentar todavía el alma abnegada y heroica de las matronas espartanas...!

¡Ah, Señores! ¡Cómo me seducen aún aquellas edénicas visiones, aquellos panoramas sonrientes, aquellas fantasías maravillosas de mi plácida niñez!

Me educaba a la sazón en el Instituto Nacional de Oriente, de la República de Nicaragua, bajo la dirección y consejo de un distinguido cubano, proscrito después de la guerra grande, de la de los diez años, que fué tan fecunda no sólo en Jefes militares y soldados heroicos admirables, sino también en hombres de pensamiento, de idealidad, de verdadera devoción a los principios, que servían, a la manera de antorchas, para alumbrar y embellecer la senda peligrosa en que tendrían que ejercitar su recia musculatura los denodados combatientes.

De ese grupo de cubanos ilustres salió Don José María Izaguirre, el Maestro querido que allá, en mi

bella y adorable Nicaragua, educó dos generaciones para el bien, para las luchas de la vida, para la devoción a la libertad y también para el amor hacia Cuba. Aquel noble y bondadoso mentor, convertido por su vocación y por la filosofía del magisterio en verdadero forjador de caracteres y cincelador de conciencias, trasplantó a la República de los Lagos la doctrina sapiente que había sentido caer aquí, como lluvia de celestes floraciones, de los labios excelsos de José de la Luz y Caballero, aquella venerable gloria cubana, de quien el prestigioso y fulgurante Manuel Sanguily dijo que "había nacido con el espíritu preparado para la virtud, con el cerebro preparado para la sabiduría y con el corazón preparado para el amor".

Decidme, Señores, si con tal estirpe de apóstoles y sembradores no habían de arraigar en el corazón del pueblo nicaragüense los más firmes sentimientos de solidaridad y simpatía para los cubanos.

Nunca olvidaremos los estudiantes de aquella época las sencillas y edificantes narraciones de Izaguirre sobre las bellezas de Cuba y las virtudes de sus hombres; sobre las enseñanzas y consejas de Luz y Caballero, que fueron como sólidos bloques de granito arrojados al cauce de donde debían arrancar los cimientos de la nacionalidad cubana; sobre las sangrientas y gloriosas peripecias de la guerra de diez años, en que aparecían a nuestra vista, dilatada por la admiración y el asombro aquellos hombres-idea compartiendo los peligros del vivac con los hombres-acción, de cuyos brazos musculosos y enérgicos dependían la suerte de la Patria y la consagración definitiva del Ideal. Y desfilaban por nuestra mente las figuras ilustres de Carlos Manuel de Céspedes, Salvador Cisneros Betancourt, Ignacio Agramonte, Máximo Gómez, Bartolomé Masó, Julio Sanguily, Antonio Maceo, Calixto García, Eduardo Agramonte, Francisco Sánchez Betancourt, Antonio Zambrana, Manuel Quesada, Vicente García, Manuel Sanguily, Emilio Núñez, Desiderio

ras de al Revolución hacia las playas del Derecho y de la Libertad.

Y a poco vimos a Rafael María Merchán, dueño del respeto y de la admiración de Colombia; a Máximo Gómez, Antonio Maceo y Rafael Rodríguez conquistando puestos públicos y ardientes simpatías en Honduras; a Palma haciendo estremecer de emoción los corazones con sus gorjeos de turpial, esparcidos desde los valles hondureños o desde las frondas de los pinares guatemaltecos; a Izaguirre levantando cátedra de sabiduría, de virtud y patriotismo entre la juventud nicaragüense; a Zambrana difundiendo la ciencia del Derecho en Costa Rica y deslumbrando a los centroamericanos con su arrebatadora elocuencia de tribuno; a Juan Gualberto Gómez y a Enrique Collazo recorriendo las islas vecinas, los cayos y las costas de la Gran República del Norte para acordar con los Jefes principales los detalles del plan que se preparaba, en cuyas entrañas iba ardiendo el ideal de la Independencia y se sentía palpar el corazón de la República; a Fajardo Ortiz, en Nicaragua y México, enardeciendo los ánimos desde la prensa y la tribuna; a Gonzalo de Quesada, Estrada Palma y otros varios en los Estados Unidos, organizando Juntas Patrióticas y acopiando recursos, y a José Martí, el Excelso, el Redentor, esparciendo por todas partes, en Guatemala, en las Antillas, en Tampa, en Nueva York, la simiente fecunda de su propaganda de Apóstol, reuniendo en un solo cuerpo las voluntades dispersas y los caracteres antagónicos, para hacer más vigorosos y eficaces los impulsos de la Revolución; tegiendo para Cuba una corona de estrellas con la fulguración de su genio y subyugando conciencias con la santidad de las doctrinas que manaban de sus labios, dulces y penetrantes, como las parábolas de Cristo.

Y la chispa revolucionaria se prendió al fin al matorral en que incubaba la protesta; sonaron los toques de rebato, vibró en los aires el himno de la guerra y la América se estremeció de emoción y

simpatía al contemplar la llamarada de los campos cubanos, que parecían desde lejos un fantástico altar druídico en que se celebrase una ceremonia sagrada...!

Y se vió entonces que Cuba no era ya una "Estrella Solitaria" perdida en las turbulencias del indómito Caribe, sino una verdadera constelación de la que ella misma era el núcleo central, teniendo hermanas en todos los cielos del Continente que confiaban a la serenidad del infinito las mismas ansias y las mismas melancólicas dulzuras, en la persistente vibración de sus parpadeos luminosos.

A las noticias que trasmitía el cable, con relación a la guerra, correspondían nuestros pueblos con exclamaciones de dolor, si eran adversas para Cuba, o con sonoros gritos de alegría si avisaban alguna victoria alcanzada por las columnas insurgentes que estaban glorificando con sus hazañas los tupidos breñales de la manigua. Y era de ver cómo en México y en Colombia, en Centro América, en Venezuela y en otros pueblos latinoamericanos se fundaban Clubs y Juntas patrióticas con el objeto de reunir fondos para enviarlos a los servicios de la Cruz Roja o de organizar Kernesses y veladas para destinar sus productos al sostenimiento de la campaña libertadora.

Cada expedición que desembarcaba en Cuba con soldados y elementos para acrecentar las energías latentes de la Revolución, producía intenso júbilo en los corazones fraternos que desde lejanas playas seguían el curso de la lucha con inquietante expectación. El sable de Maceo lanzaba claridades rojizas de centella que se percibían desde lejos como vislumbres escapados de las fraguas mismas de la tempestad, y la figura de Martí tomaba proporciones de personaje de leyenda en medio de aquel fragor de Apocalipsis en que conservaba su serena majestad de Redentor, desafiando con impavidez la furia de todos los genios irritados, de todas las sombras agresivas y de todos los enigmas siniestros de

la guerra, con la convicción de la grandeza de su causa, con el ideal en el cerebro, el amor en el corazón, la sonrisa sobre los labios y la mirada puesta en las estrellas...!

Por eso al caer el noble paladín en la emboscada de Dos Ríos, el alma de la América Latina tembló de dolor como herida por un rayo; y aunque la contienda siguió su curso sostenida por otras cabezas pensadoras y por el brazo de aguerridos Generales, la Revolución Cubana vistió de luto y lloró lágrimas ardientes sobre los despojos de su favorito muerto. La Libertad humana había perdido a uno de sus más preclaros defensores; Hispano-América, a una de sus glorias más diáfanas y puras y el Continente Americano a un Prócer de la Emancipación Política de estos pueblos, tan austero como Washington, tan enérgico y prudente como Juárez, tan gallardo como Morazán, tan filósofo y soñador como Jerez, tan intelectual, vibrante y organizador como Bolívar.

En mi corazón hay un lugar en que conservo sinceros afectos para Cuba, y a la muerte de Martí aquella entraña se agitó en una violenta conmoción; para calmar la crisis formulé un voto solemne: el de visitar alguna vez la tierra ennoblecida por tantos dones en que aquel virtuoso paladín tuvo cuna, apogeo, glorificación y calvario; buscar su huella en el escenario mismo de sus meditaciones y proezas y decir a su sombra venerable mis asientos de admiración y simpatía por la obra que realizó en bien de su Patria cautiva y en defensa de los más altos y legítimos derechos de los pueblos.

Y ya véis, Señores, que después de varios años he venido a dar cumplimiento a mi promesa: crucé la Isla, desde Santiago de Cuba hasta la Habana, contemplando en la carrera del tren vertiginoso una fuga de paisajes que hablaban a mi espíritu de viejos y gloriosos heroísmos, a pesar de la actualidad sonriente de esos sitios que ostentan hoy las opulencias de grandes empresas productoras. Es un mundo de prosperidad y de riqueza que ha surgido de aquel

suelo bendito, que abonaron con sus huesos y con su sangre generosa los fundadores de la República.

Al llegar a la capital busqué a Martí y lo encontré majestuoso y pensativo sobre su pedestal de mármol; le dije mi salutación sentida y honda, le advertí que yo sabía como él que la obra de la Independencia no está terminada todavía; que la Bandera gloriosa no ha llegado a la cumbre entrevista por su genio; y le rogué que así como él, indudablemente, seguía trabajando en lo invisible, junto con los otros paladines de la Redención humana, por asegurar la felicidad completa de su patria, procurase también la salvación de la mía que ya se va hundiendo en el oleaje con la ansiedad inquietante de una barca sin remos que naufraga...!

Y noté que la estatua parecía conmovirse, que las cuencas de los ojos se iluminaban con un extraño fulgor, que una sombra de tristeza nublaba la frente del Apóstol y que el brazo de mármol temblaba, extendido, como señalando un rumbo al pensamiento o queriendo escrutar el porvenir en la brumosa vaguedad del horizonte...!

*

*

*

Os pido excusa, Señores, por haber distraído largamente vuestra benévola atención con estas memoranzas que en su mayor parte son de carácter puramente personal; pero he querido hablar así para demostraros que mis simpatías y afectos para Cuba no son sentimientos de ocasión, sino de antigua data, que se remontan a la edad sonriente y pura en que el corazón es más sincero y no sabe de dobleces, disimulos ni cálculos interesados.

Con la excursión retrospectiva que en vuestra amable compañía acabo de hacer hacia las primeras etapas de mi vida, me siento colegial otra vez, entusiasta cubano como entonces, y aprovecho la ocasión para tratar como cubano la materia fundamental de este discurso.